

Sol Calero

Archivos Olvidados

Archivos Olvidados es un homenaje a la abuela de Sol Calero, Luisa Hernández, conocida por sus nietos como “Abuli”. Hernández vivió entre Caracas y Los Llanos Venezolanos, donde se convirtió en una figura clave de la comunidad. Abrió su hogar a los niños de la zona para hacer talleres de arte y fomentaba encuentros sociales entre los vecinos. Después de enviudar y criar sola a sus seis hijos, estudió Bellas Artes en la Escuela de Artes Cristóbal Rojas de Caracas. Calero pasó gran parte de su infancia siendo testigo del proceso creativo de su abuela; donde el arte y la artesanía eran inseparables en la estructura familiar-social que permitía y celebraba el aspecto colectivo de creación y comprensión del arte. El tema central de la exposición es el archivo de imágenes más reciente de su abuela, recortes de revistas que ella había recopilado como referencias para sus pinturas. Estas últimas imágenes representan un conjunto de trabajos que quedaron inconclusos tras la muerte de Hernández y en esta exposición son retomados y desarrollados por Calero.

El espacio de la galería se presentó como la trayectoria del proceso de Calero al aproximarse al archivo, comenzando con una sala íntima de proporciones infantiles, donde se exhibieron las imágenes originales que Abuli usó como referencia para sus pinturas. En la misma habitación, Calero puso en práctica un ejercicio de dibujo que aprendió de su abuela: trazar una línea, luego otra para cerrarla formando una figura, y, por último, rellenar el espacio de color. Usando la libertad gestual que los niños poseen por naturaleza para llenar todo el espacio, Calero repite el ritual de dibujar con su abuela. La artista deja marcas de tiza en los lienzos-pizarra utilizados para las pinturas de esta sala como restos visibles de sus intentos de dibujar caballos por primera vez.

En la siguiente sala, las pinturas rompieron con el lenguaje visual habitual de Calero para presentar composiciones fragmentadas que hacían referencia a los recortes de periódico recopilados por Hernández. Con motivos como caballos, frutas y paisajes, las pinturas de Calero contienen partes del archivo, así como anécdotas de su infancia. Esta sala conducía a otra que Calero transformó en un patio: un lugar donde los visitantes podían reunirse y sentarse juntos. Allí, las paredes fueron pintadas con un mural de colores pasteles, patrones decorativos y motivos frutales inspirados en un boceto del archivo.

Detrás de esta colorida fachada se esconde la ambigüedad que surge al intentar reconstruir los recuerdos, lo selectivo que puede ser el acto de recordar y las limitaciones de nuestro esfuerzo por capturar el pasado. En el contexto de la sociedad venezolana, donde el olvido y la preservación están en constante conflicto, el mural representa la manera en que se suavizan los acontecimientos, así como el disimulo de la historia, que favorece las narrativas externas de la cultura de un pueblo. Y, sin embargo, transferir el archivo a un espacio social y reunir personas a través del boca a boca tienen el potencial de preservar el pasado. Calero emprende el viaje de recordar una y otra vez, interpretando recuerdos entrañados en lo más profundo con la esperanza de visitar una historia que aparentemente solo es personal.